

# LA GUÍA PARA EL INJERTO

Mario Briceño-Iragorry

Lo que en orden a explicar el proceso de trasculturización que siguen actualmente nuestros países latinoamericanos, hemos venido sustentando en el libro, en la cátedra y en las columnas de la prensa algunos escritores preocupados por los diversos temas de la esencialidad venezolana, lo dejó compendiado José Martí en una excelente frase que reclama curso de actualidad.

“Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser nuestras Repúblicas”, resume la cabal posición que acopla con el lógico tradicionismo la marcha natural del progreso. El Maestro cubano sintetizó en 1891 el problema que escritores empeñados en la defensa de los valores de la nacionalidad, hemos venido planteando ante la conciencia del país, expuesta a sufrir hoy las consecuencias de una cultura mercantilista que se nos ofrece como expresión de progreso.

Nuestras Repúblicas como cepa para el injerto del sarmiento nuevo. “Nuestras Repúblicas”, dijo Martí, cuando aún su Cuba era una dependencia de España. No se refirió a la forma del ser, sino al ser en sí mismo del pueblo que luchaba por la dignidad republicana. En un hombre de libre espíritu, que aún sufría, como Martí, la dependencia de repudiada metrópoli, la expresión adquiere doble valor para el testimonio irrecusable. “Nuestras Repúblicas” eran y son nuestros dolorosos países latinoamericanos. Tronco fijo, generoso y diferencial para recibir las nuevas aportaciones culturales. Un buen hortelano cuida con abundoso riego y ricos abonos la raíz de los troncos que han de soportar los frescos injertos. Eso es lo que en el orden de la nacionalidad pedimos quienes hoy nos empeñamos porque a la hora de recibir el injerto de la trasculturización el tronco

sea capaz de garantizar una rica y legítima vendimia. Que sobre el tronco que define la planta se extiendan los pámpanos nuevos, sin riesgo de que la cosecha difiera de la tradición enológica de los sembrados. Que vengan las nuevas formas de cultura a dar mayor vivacidad a nuestros antiguos símbolos. A ello no podría negarse el más conservador de los espíritus. Ni a que permanezca firme e ileso el signo troncal podría negarse, tampoco, el más entusiasta innovador en cuya conciencia subsista un atisbo de patriotismo.

Abiertas han de estar las puertas del progreso para las ideas y para los hombres. Abiertas, sí, cuando esas ideas no sean naves corsarias cargadas de mercadería pirata, como son las publicaciones de encargo, con que para provecho de su política fenicia, el industrialismo yanquí quiere “estandarizar” la conciencia de nuestros pueblos. Abiertos los caminos para todos los hombres que vengan a sumarse a nuestro proceso social, sin pretensiones de tomar a nuestros obreros como brazo esclavo que acreciente sus riquezas extrañas. Al defender los valores de la nacionalidad no se pretende que el país haga una pausa y se contraiga a mirar involuntivamente hacia el pasado, en actitud suficiente y fetichista. Se quiere solamente que el progreso de fuera se acondicione a nuestra realidad nacional y se reelabore de conformidad con nuestro propio espíritu, en todo lo que éste tenga de posibilidad creadora. Vengan las buenas ideas, los sanos principios, las consignas cargadas de humanidad y de cultura. Ellas encontrarán acá asidero para su crecimiento. No hagamos, tampoco, el torpe juego de quienes para justificar las formas retrasadas de nuestro acontecer político, defienden los residuos disvaliosos que ha ido dejando la Historia, mientras abren a la

penetración del pseudo-progreso las puertas de la soberanía nacional.

Al defender la permanencia de nuestros viejos valores tradicionalistas, se busca que no se introduzcan bajo capa de progreso y de civilización, elementos exóticos capaces de destruir fuerzas vitales de pueblo. Se quiere, también, que vengan hombres y mujeres, muchos hombres y muchas mujeres que ayuden a trabajar la tierra y a perfeccionar nuestras industrias, a enriquecer con finas líneas el patrimonio de nuestra cultura y a prestar a nuestra técnica y a nuestras artes la colaboración de su sensibilidad y su destreza. Hombres y mujeres de fuera que acrecienten nuestro capital demográfico y den mayor vitalidad al progreso general de la Nación. Pero se quiere que estos nuevos pobladores sean parte y no testigos venales de nuestra evolución social, parte en la conservación de lo nuestro, y no agentes ocasionales de una desintegración de nuestras fuerzas características de Nación.

En orden a que los elementos nuevos puedan sumarse fácilmente a nuestro proceso moral de pueblo, se quiere que haya de nuestra parte una actitud previsoras que tanto nos defiendan cuando provoque el mismo tiempo la fácil comprensión de nuestro carácter y de nuestro genio por parte de los inmigrantes. Es preciso que el forastero que viene a convivir con nosotros en nuestro viejo hogar nacional sepa qué somos, qué queremos y hacia dónde vamos, para que él pueda ser y pueda querer lo mismo que nosotros y pueda caminar camino semejante al que nosotros hemos venido caminando. Tenemos que ser algo para no ser mañana lo que quieren los distintos y anárquicos grupos de inmigrantes. Debemos ser algo, para ayudar a disolver las contradicciones de los forasteros. Y para saber lo que somos, hemos de consultar nuestro libro de inventarios. Debemos mirar hacia la Historia y hacia la tradición como corazón del tronco donde habrá de injertarse el mundo que nos venga de fuera. Triste sería ofrecer al extranjero una ancha geografía sin sentido humano, donde a su capricho pueda

él explotar nuestro sentido humano trabajo y de donde pueda extraer, con nuestra ayuda resignada, ricos minerales y variados recursos naturales. Con la tierra, hemos de presentarle nuestro hombre en su integridad funcional de trabajador y de ciudadano, de creador de riqueza y de creador de cultura. Hemos de enseñarle al venezolano en toda su entidad humana de ayer y de hoy. Y para mostrarle ese venezolano, debemos comenzar por definir en la conciencia nacional, los signos que eviten el riesgo de que nuestros valores diferenciales perezcan al empuje arrollador de las formas nuevas. Debemos decir previamente cuáles son los valores de Historia y de cultura que nos dan derecho a mantenernos de pie en medio de los anchos cuadros de la Historia universal. Si nuestros valores son toscos por ausencia de pulimento, no parece lo indicado sustituirlos inconsultamente por los valores pulidos que nos ofrezca el forastero, como tampoco resultaría racional que, en razón de un mal entendido nacionalismo, mantuviésemos al pueblo en la devoción de formas culturales sin derecho de pervivencia como factores educativos. Pidamos al forastero que nos facilite los instrumentos de su técnica, para dar con ellos mayor brillo a los valores creados por nuestros padres, mas cuidando que el nuevo proceso técnico no desmejore las líneas fundamentales del espíritu ni sea tampoco ocasión de febril renuncia de la sana humildad que aún puede defendernos de los peligros de la improvisada y fascinante riqueza.

(1953)